



Edgardo Civallero

Palabras habitadas

Palabras habitadas

Saberes, libros y voces latinoamericanos

Una compilación de experiencias bibliotecarias desde Abya Yala

Edgardo Civallo

Versiones resumidas de los textos aquí incluidos fueron publicadas, como entradas de una columna mensual titulada *Palabras habitadas*, en la plataforma informativa digital chilena *El Quinto Poder*, entre febrero de 2017 y enero de 2018.

© Edgardo Civallero, 2018.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <http://biblio-tecario.blogspot.com.es/>



Kalle / Gabriela Casanova • Elvira Chibarro

TITE CALVO
RELATO DE MI SUEÑO AZUL

Lonco Pascual Coña • Pascual Kalle / Pascual Kalle

Pichil yitilá ka té shigamun kókauf. La noche que nos regalaron el fuego

Elvira Chibarro • Batacena / Puntos More / Surto And

LEER estudios

Maribel Mera Cuevas / Fernanda Moraga García • Kawandapan / Kawandapan

Julio Efraín Thierstein • Redacciones

Unimche / Hombre Pájaro • Lorenzo Allapan Cayuleo



Lonco Pascual Coña
Testimonio de un cacique mapuche

[01]

Bibliotecas al sur

Las bibliotecas son, por lo general, espacios bastante invisibles para el público. A excepción de determinadas instituciones con arquitecturas llamativas o servicios novedosos (que en un momento dado acaparan reconocimientos y premios), la densa red de bibliotecas que cubre la geografía de América Latina desde Tierra del Fuego al río Bravo no suele provocar titulares ni recibir demasiada atención, mucho menos publicidad. Con unos cuantos estereotipos cargados a sus espaldas —algunos de ellos reflejo de realidades innegables—, un perfil no demasiado llamativo y una relación histórica cuanto menos "complicada" con los habitantes/usuarios del continente, las bibliotecas latinoamericanas, sus trabajadores y las actividades que ofrecen no suelen encontrarse bajo el foco de ningún medio de comunicación.

Y sin embargo, la labor desarrollada por buena parte de las unidades que componen esa red bibliotecaria continental es digna de mención, de apoyo y de difusión. No siempre es un trabajo con resultados visibles y a corto plazo: suele tratarse, por el contrario, de una acción constante y sostenida, casi de trinchera, enfocada a obtener un exiguo puñado de logros a medio y a largo plazo. Es un trabajo que hace hincapié en un número limitado de problemáticas urgentes y que tiene por objetivo producir cambios duraderos en relación a ellas. O, por lo menos, sembrar las semillas de tales cambios. Se trata, en definitiva, de bibliotecas que, a diferencia de las galardonadas,

con unos números estadísticamente inmejorables y una destacada proyección mediática, probablemente no superarían un "test de excelencia": esas evaluaciones cuantitativas de calidad "donde todo lo que puede suponer sentido crítico, alegría vital, compromiso democrático y sustancia moral emancipatoria se va hundiendo lentamente", en palabras del profesor de filosofía, ensayista y poeta español Jorge Riechmann.

En América Latina la biblioteca fue, durante siglos, un recurso trasplantado desde el Viejo Mundo al que pocos tuvieron acceso, historia esta repetida a nivel internacional. Cuando por fin abrió sus puertas al público —al que sabía leer, cabe acotar—, fue utilizada como instrumento "de cultura" en contextos en los que se hablaba de "civilización o barbarie" (siendo la civilización el modelo europeo de fines del siglo XIX y principios del XX, y la barbarie las sociedades indígenas y campesinas americanas). Tuvieron que pasar varias décadas hasta que hubo una mayoría de población alfabetizada que pudiera beneficiarse de sus servicios. Durante todo ese tiempo —la Colonia, las tempranas repúblicas— se mantuvieron (a veces, a duras penas) canales de transmisión de saberes nativos y locales; canales tradicionalmente orales que fueron vilipendiados, ninguneados, atacados o ignorados desde el sistema dominante, dentro del cual se contaba, sí, la propia biblioteca.

En muchos aspectos, la desconfianza surgida de relaciones tan desiguales continúa aún en pie. Dependiendo del observador, la biblioteca sigue siendo vista, a día de hoy, como un espacio elitista, cerrado, excluyente o reservado a una minoría. Y no cabe duda de que en ocasiones lo es. Afortunadamente, desde mediados del siglo XX

muchas bibliotecas latinoamericanas (especialmente las que tienen un contacto más estrecho con la sociedad: públicas, populares, escolares, rurales, móviles...) han tratado de reducir esa brecha a base de trabajo duro. Han sabido desarrollar una intensa labor de base, colaborando con sus usuarios y su comunidad, abordando los problemas que identifican a su alrededor dentro de sus posibilidades y con las herramientas que poseen (entre las cuales se encuentra la información). Y poco a poco, además de convertirse en un núcleo de verdadera militancia y activismo cultural, han ido desarrollando un importante labor educativa, social y política para hacer frente a determinadas circunstancias adversas (pobreza, desempleo, violencia, desplazamientos...).

Por otro lado, esas bibliotecas son cada vez más conscientes de que crecen sobre un suelo con tradiciones milenarias, y que respiran bajo un cielo en el que se funden una pluralidad de pasados y presentes. Van entendiendo que, así como deben incorporar todos los avances y adelantos posibles con una mirada amplia y global, también deben incluir en sus fondos y servicios las voces más antiguas, los saberes populares, la diversidad cultural, los formatos tradicionales empleados para transmitir conocimientos —desde el tejido hasta las pinturas faciales— y las expresiones propias y únicas de América Latina. Van comprendiendo que "biblioteca" es un concepto que no puede quedarse anclado en el pasado; que debe ser deconstruido, descolonizado y mestizado para que pueda evolucionar, tanto como sus colecciones, su estructura, su formato y sus actividades. Van aceptando que para ser verdaderos espacios comunes y comunitarios, tienen que acoger todas las perspectivas, todas las identidades, todas las lenguas y los pensamientos de una tierra a la que muchos ya conocen como Abya Yala:

los paisajes enmarcados entre cuatro horizontes y cuatro océanos, más todas las sangres y las historias que los pueblan.

Para recoger, describir y divulgar el trabajo de esas unidades —y de las personas que mantienen su latido, sean quienes sean, sea cual sea su profesión— surge *Palabras habitadas*: una columna que quiere ser un pabellón de resonancia. Para que esos decires y haceres bibliotecarios, junto a las ideas que los sustentan, circulen, se conozcan y reconozcan, e inspiren, quizás, decires, haceres e ideas similares en otros lugares del mundo.

Recorriendo los seis rumbos de Aby Yala, en *Palabras habitadas* se hablará, pues, de bibliotecas. Pero no solo de ellas: también de casas del saber, de centros de información, de rincones de lectura, de libros vivos, de *amoxcaltin*, de espacios auto-gestionados...

De todos esos lugares, en definitiva, en donde anidan las palabras.

Bibliografía

Civallero, Edgardo (2016). La biblioteca como trinchera. De resistencias, militancias, políticas y estantes con libros. *Fuentes, Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*, 45, septiembre de 2016.

De Sousa Santos, Boaventura (2007). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. 2.ed. La Paz: CLACSO, CIDES-UMSA, Plural Editores.

De Sousa Santos, Boaventura (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.

Lander, Edgardo (comp.) (1993). *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales: una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

Vila-Viñas, David; Barandiaran, Xabier E. (comp.) (2015). *Buen conocer. Modelos sostenibles y políticas públicas para una economía social del conocimiento común y abierto en Ecuador*. Quito: FLOK Society.



[02]

Donde las palabras se guarecen

Por los seis rumbos de Abya Yala, las palabras han encontrado numerosos rincones en los que guarecerse. Y no solo en las bibliotecas y en los centros de información y de documentación. O en las casas del saber, los rincones de lectura, los centros culturales y otros espacios populares y auto-gestionados.

A decir verdad, las "colecciones bibliotecarias" más esenciales del continente no están depositadas en estantes ni almacenadas en bases de datos digitales. Se encuentran — todavía, aunque quizás no por mucho tiempo— en las memorias de las narradoras, los sabios, las recordadoras, los cuenteros, las rezadoras, los alfareros, las cocineras, los tejedores... Esas colecciones (en general, grandes desconocidas) saltan de boca a oído, van de mano en mano, navegando por las siempre intrincadas y poco cartografiadas geografías de la oralidad. A veces, algunos fragmentos pasan a papel, o a un medio audiovisual. Pero, por lo general, todos esos saberes —y las formas lingüísticas que los codifican y a través de las cuales se expresan de manera inimitable— se mantienen en la inestable y variable intangibilidad de la palabra hablada.

Es en sus recuerdos y en sus bocas, además de en sus manos, como los artesanos (los pocos que continúan ejerciendo oficios tan antiguos como la propia sociedad a la que pertenecen) conservan los manuales, las especificaciones y los métodos de su labor,

junto al tratamiento de los materiales, las particularidades locales de cada técnica y de cada elemento. Constructores de flautas y cesteros, creadores de máscaras y de vestidos, orfebres y tallistas, todos ellos y muchos otros guardan, preservan, enriquecen y transmiten sus personales "colecciones bibliotecarias" a través del habla y de la memoria.

Lo mismo hacen los narradores con las historias de su pueblo, especialmente las de creación: esas que cuentan cómo aparecieron ríos, montes y lagunas; que hablan de los diluvios y los incendios que acabaron con las razas primigenias; que recuerdan el origen de plantas y animales, de plumajes y pelajes, de aullidos y siseos; que festejan las hazañas de los héroes antiguos y repiten, para que jamás sean olvidadas, las ruindades de los espíritus del mal. Pero también las que recogen los muchos pasos que ese pueblo ha dado a lo largo de las páginas —dichas o escritas— de la Historia. Narraciones de invasiones, de guerras, de hambrunas, de migración, de atropellos, de pérdidas, de colonizaciones, de olvidos. Relatos demasiado habituales, por desgracia, en todas las latitudes que cortan Abya Yala de lado a lado.

Otro tanto hacen quienes rememoran las genealogías: esas líneas de sangre que vinculan una generación con la siguiente, un clan con el vecino, un antepasado lejano con todos sus muchos descendientes. Quienes saben de hierbas que sanan y que matan, y de insectos que se comen, y de frutas que no. Quienes hacen parir a la tierra y a las mujeres. Quienes archivan en su mente los detallados mapas de una costa o de una sierra: esos planos en los que se nombra cada rincón, cada peñasco y cada

hondonada, por los que corren todos los vientos y en los que están marcados los abrevaderos de la caza y los depósitos de la arcilla.

O quienes combinan todo lo anterior: verdaderos bibliógrafos que conectan los espacios y los paisajes con las gentes que los habitaron y las historias —de los tiempos míticos, de los tiempos actuales— que vivieron. Enciclopedias andantes que unen todos los conocimientos en un solo hilo.

Todos ellos pueden recoger, organizar y transmitir saberes utilizando la palabra dicha, y los gestos que siempre, indefectiblemente, la acompañan. Pero también mediante muchos otros sonidos: el canto, la música, o una mezcla heterogénea de relato, canción y melodía. O a través de otros medios intangibles: la danza, por ejemplo, o las representaciones "teatralizadas", o tal vez algunos juegos infantiles...

Otra serie de fondos documentales de estas tierras encerradas entre dos océanos consisten en objetos en los cuales se ha codificado información. Objetos que nada tienen que ver con un "libro" como tal, al menos morfológicamente, pero que cumplen una función similar: la de preservar sobre ellos o en su interior una serie de datos, y rescatarlos así del olvido. Pueden ser tejidos de lana o de fibra vegetal, en los que se anudan relatos del tiempo antiguo, o alguna de esas normas no escritas que siempre han regulado el comportamiento de un grupo. Pueden ser máscaras que encierran, en sus tallas y adornos, un puñado de creencias y esperanzas. Pueden ser cacharros de cerámica en cuyas superficies más o menos pulidas, más o menos decoradas, se reflejan las representaciones esquemáticas del universo. O pueden ser elementos

tangibles que tengan una duración efímera: una pintura facial, un arreglo en los cabellos, un juego de hilos o un dibujo en la arena.

Y finalmente están los libros: desde los códices zapotecas, mixtecas, mayas y mexicas hasta las modernas monografías, revistas o enciclopedias, ya sean en papel o digitales. Y, junto a ellos, muchos otros tipos de documentos: los archivos de video y audio que circulan a través de la red de redes, las fotografías y diapositivas, los grandes planisferios, las cartas, los folletos y panfletos...

En Abya Yala, a veces las palabras no son más que aire que se mueve; otras, están atadas a las fibras de un papel, o representadas sobre una pieza de madera, o convertidas en códigos binarios en una memoria óptica. Sea como sea, todas ellas han encontrado numerosos rincones en los que guarecerse: bibliotecas, "libros vivos", centros de cultura, casas comunitarias... Ninguno de ellos debería tener mayor valor, ni más importancia, ni un estatus diferente al de los demás, a pesar de las muchas opiniones (y otras tantas políticas) que apuestan por la modernidad y abandonan o condenan al olvido a las anteriores formas de almacenar y transmitir conocimiento. Pues todos ellos conservan pequeños fragmentos de la identidad, de la memoria y de la cultura de un continente entero.

Fragmentos que, como teselas de un inmenso mosaico, solo permiten apreciar la imagen completa cuando se (re)unen.

Bibliografía

Colombres, Adolfo (2006). *La literatura oral y popular de nuestra América*. Quito: IPANC

Grenier, Louise (1999). *Conocimiento indígena. Guía para el investigador*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.



[03]

Rutas acuáticas del saber

Entre las muchas formas que la palabra —escrita o hablada— encontró para moverse a lo largo y a lo ancho de Abya Yala, una de las más llamativas fue a bordo de barcos. Barcos de todo tipo, surcando todo tipo de aguas.

Algunas sociedades originarias del continente no tuvieron más opciones para mover sus saberes que hacerlo a golpe de timón. Los Qawásqar y los Yámana, los llamados "pueblos canoeros" que habitaron las islas y canales más meridionales del sur del continente, alrededor de la Isla Grande Tierra del Fuego, pasaban la mayor parte de sus vidas a bordo de sus embarcaciones, hechas de troncos ahuecados o de cortezas atadas. Para ellos la realidad se desarrollaba sobre una barca, al ritmo que marcaba un remo. Dos elementos —para los Qawásqar, *kájef* y *jemóxar*; para los Yámana, *ánan* y *áppi*— que ayudaron a que sus tradiciones, sus relatos y sus conocimientos se desperdigaran por lo cientos de islotes y fiordos que jalonan aquella parte del mundo.

Otro tanto ocurrió con los Evueví o Payaguá, los mal llamados "piratas" del alto Paraná y el Paraguay, en el Chaco central y boreal. Para ellos las canoas *arganaak* movidas por los puntiagudos remos *laraja* eran prácticamente su hogar. Como lo fueron para algunos grupos humanos de las cuencas del Amazonas y el Orinoco: esas cuyos caños,

riachos y afluentes componen una verdadera red caminera, por demás densa y extensa.

Con la llegada europea, los "pueblos canoeros" desaparecieron, exterminados por las enfermedades, las armas y el desprecio. Pero muchos saberes —incluyendo algunos pertenecientes a esas extintas sociedades navegantes— continuaron refugiados entre los pocos o muchos metros de eslora que hubiera entre proas y popas. Piraguas y botes siguieron llevando y trayendo noticias por mar y por río, por ribera y por brazo. Hasta hoy. En nuestra América no son pocos los cuenteros y narradores que aún surcan las aguas y acarrearán relatos y sucesos de acá para allá. No son pocas las historias que trazan sus orígenes, todavía, corriente arriba o corriente abajo de un determinado lugar.

El libro —la palabra escrita— también se movió con los barcos. Desde Europa, primero, sorteando las muchas censuras, barreras y prohibiciones. Y, poco a poco, desde las grandes urbes coloniales, allí donde se ubicaban las imprentas (menos las jesuíticas, perdidas en el altiplano o en la selva), los libreros, las editoriales... Desde entonces no ha dejado de navegar, y en su estela hay que situar varias bibliotecas nómadas, portátiles.

A finales del siglo pasado se desarrolló brevemente un proyecto de "bibliobotes" en los ríos Marañón y Santiago (Perú), como colaboración entre la Biblioteca Nacional del Perú y el Consejo Aguaruna y Huambisa (López, 1997: 155).

En Venezuela, en 1987, la Biblioteca Pública del estado Amazonas (BPA) empleó una lancha de 5 m de eslora para responder a las necesidades de ciertas comunidades en las que no podía establecerse una biblioteca estable. La "bibliolancha" navegó así por el río Orinoco y por los brazos Sipapo, Cuao, Atabajo y Casiquiare, llevando tanto libros como actividades culturales.

Para 1992, y en colaboración con la Fundación Polar, la BPA lanzó el "bibliobongo", una embarcación mayor que la anterior con la que se pretendió dar servicio bibliotecario a comunidades de los pueblos Uwottuja (piaroa), Wakuenai (baniva, curripaco) y Jivi o Sikuaní (guahibo). El barco, de 17 m de eslora, estaba construido a la usanza indígena, con corteza de *palo mure* moldeada, encofrada en madera de *palo sasafra* y pintada con anticorrosivo; disponía de un techo de zinc cubierto de palma, con el cual se protegían los materiales bibliográficos de las copiosas lluvias de la región. Recorrió los ríos Orinoco y Negro, y los brazos Sipapo, Cuao, Atabajo, Casiquiare y Maniapiare. Y como su antecesora, además de lecturas ofreció a sus usuarios actividades como títeres, cine, espectáculos circenses, juegos tradicionales y cooperativos, etc. (Jiménez Fernández, 2007).

Cinco años después, la BPA botó la "bibliofalca", una embarcación aún mayor que el bongo, con espacio suficiente para tener dormitorio, baños y bodega, además del servicio bibliotecario en sí. Partiendo desde Puerto Venado y San Fernando de Atabapo cubrió las rutas Orinoco-Ventuari, Orinoco-Guaviare y Orinoco-Río Negro (Pérez Redondo, 2007).

Ninguno de esos tres proyectos funciona en la actualidad. Pero sirvieron de ejemplo para muchos otros que se desarrollaron después en diferentes lugares, algunos de los cuales continúan en marcha.

Al archipiélago de Solentiname, una treintena de islas e islotes ubicados en el extremo sureste del Gran Lago de Nicaragua (o Cocibolca), llega el "bibliobote" cargado de libros cada dos semanas, desde 2012.

Un servicio similar de "bibliobote" es el que ofrece Antonio Beltrán Mosquera, quien, en una embarcación de madera llena de morrales y cajas, distribuye libros en las comunidades negras e indígenas más apartadas del municipio Carmen del Darién, en el departamento del Chocó, sobre la costa pacífica colombiana.

Mucho más al sur, la "bibliolancha" de Quemchí recorre las costas nororientales de la isla de Chiloé (Chile) desde mayo de 1995. La "bibliolancha" es parte de la Biblioteca Pública "Edwing Langdon" nº 151 de la localidad de Quemchí, liderada por Teolinda Higuera; con ella se busca llevar lectura hasta las islas Chauques, lugares de muy difícil acceso. Durante mucho tiempo el servicio distribuyó los libros navegando con naves prestadas por el Servicio de Salud y la Armada chilena. En 2015 fue incorporada a la Red de Bibliomóviles de Chile, y desde 2016 puede trabajar con una embarcación propia (SNBP, 2015).

Finalmente, en Argentina, allí donde desemboca el río Paraná abriéndose en los mil brazos de un delta cerca de la ciudad de Buenos Aires, navega otra "bibliolancha".

Tiene su base en la Biblioteca Popular "Santa Genoveva" del arroyo Felicaria, en la segunda sección de islas del municipio bonaerense de San Fernando. Desde principios de 1999 la lancha —de 8 m, y cargada con dos millares de ejemplares— complementa las labores de la biblioteca. Actualmente 14 escuelas dependen de ella (APU, 2016).

Los motores han sustituido a los fuertes brazos de los remeros Payaguá, y los materiales sintéticos, a las cortezas de haya de los marineros fueguinos. Pero las rutas acuáticas, como antaño, siguen atravesando todas las fronteras. Lo saben bien los chamanes Shipibo —auténticas bibliotecas vivientes y móviles de su pueblo— que remontan año tras año la corriente del Ucayali, en Perú, en busca de la mágica ayahuasca.

Bibliografía

Aguilera F., Oscar (1978). Léxico Kawésqar-Español, Español-Kawésqar. *Boletín de Filología de la Universidad de Chile*, 29, pp. 7-149.

APU [Agencia Paco Uriondo] (2016). Libros, isleños y navegantes. *Cultura*, 6 de agosto. [En línea]. <http://agenciapacourondo.com.ar/cultura/20244-libros-islenos-y-navegantes>

Jiménez Fernández, Conchi (2007). Cuando el río suena, BiblioBongo a la vista: las bibliotecas en el estado de Amazonas (Venezuela). *Mi biblioteca*, 3 (11), otoño, pp. 94-99.

López, Carmen (1997). Leer por leer: pasando en limpio tres ejercicios de producción de materiales en lenguas indígenas. *Pueblos Indígenas y Educación*, 39-40, enero-julio, pp. 151-176.

Pérez Redondo, Oskar Pablo (2007). *Bibliofalca. Innovadora experiencia bibliotecaria en las comunidades indígenas del Orinoco medio*. Caracas: UNICEF. [En línea]. <https://www.unicef.org/venezuela/spanish/BIBLIOFALCA.pdf>

SNBP (Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas) (2015). *Bibliolancha de Quemchí celebrará su cumpleaños nº 20 con una fiesta cultural*. [En línea]. <http://www.bibliotecaspublicas.cl/624/w3-article-49342.html>

Vogel, Oliver; Zárraga, Cristina (2010). *Yágankuta. Pequeño diccionario Yagán*. Upušwáea: Vogel y Zárraga.



[04]

Esos pequeños rincones

Una parte nada despreciable de las experiencias bibliotecarias de Abya Yala —y de las del resto del mundo, a decir verdad— tienen lugar en espacios que los diccionarios y manuales más ortodoxos dudarían en calificar como "bibliotecas".

Y, sin embargo, lo son. En ellas se inculca el amor por la lectura, se (de)muestra el poder de la información, se reúnen memorias, y se abren ventanas hacia esos mundos que quedan más allá de los muros...

...si es que la biblioteca tiene muros. Porque muchas de ellas no son más que libros y revistas metidas en cajas, bolsas y canastos, que recorren caminos a bordo de bicicletas, carros o mulas, de pueblo en pueblo, de puesto en puesto, de comunidad en comunidad. O que viajan a bordo de lanchas y canoas. O en autobuses.

Aquellas que cuentan con muros —aquellas con una ubicación fija, un punto geográfico en el cual han echado raíces— no tienen porqué tenerlos enteros. Ni firmes. No son pocas las bibliotecas con estantes un poco torcidos que se aferran heroicamente a una carcomida medianera de adobe, ni las que luchan contra la humedad que las insistentes lluvias de las tierras bajas quieren colar entre las páginas de los volúmenes que albergan.

Hay bibliotecas —¡y escuelas!— en ranchos con paredes hechas de palos amarrados con sogas y alambres, cubiertos con techos de palma, de paja brava o de calamina. Las hay con muros de chapa y de bambú, como la biblioteca rural infantil de la comunidad Lomas de Guadalupe, en Matagalpa (Nicaragua). O de tablones de madera, como la de Cangrejal de Acosta, en San José (Costa Rica). O de cañas entrecruzadas, tan tradicionales a lo largo de la desértica costa peruana, como los que tiene la biblioteca del asentamiento La Victoria, en Huarney.

Hay bibliotecas —muchas, muchísimas— sin catálogos ni clasificaciones, ni marbetes, ni fichas, ni listado de socios, ni pago de cuotas: solo un puñado de libros y otro de lectores, en un sitio pensado para y destinado a que los unos conozcan a los otros. Y viceversa. Pues de eso se trata, en definitiva, la aventura bibliotecaria: de crear y de mantener espacios, por pequeños que sean o insignificantes que parezcan, en donde se propicie el encuentro entre la gente y el saber en todas sus formas (no solo la escrita). Lugares en los cuales se asegure la transmisión de conocimientos, de rasgos culturales, de historias y geografías universales y locales, de lenguas e identidades de todos los horizontes, en un proceso que lleva activo desde que el ser humano es, precisamente, humano. Lugares en los que se enseñen determinadas destrezas y, por qué no, se inculque una serie de valores básicos de comportamiento y convivencia.

Sean como sean y reciban el nombre que reciban, esos espacios mínimos suelen ser los grandes olvidados en publicaciones académicas y manuales universitarios, en textos divulgativos y medios masivos y, sobre todo, en los papeles y presupuestos gubernamentales. Los gurúes de la información digital, las empresas que trafican

conocimiento y las populares redes sociales los desconocen o, con suerte, los tratan como meras curiosidades, exóticas y muy alejadas de lo que es o debería ser una "biblioteca" para los parámetros y las aspiraciones futuristas manejadas en esos contextos.

Pero a pesar de la invisibilidad, los olvidos y el desconocimiento, son precisamente esos pequeños rincones —repartidos a lo largo y a lo ancho de todo el continente, en todos sus climas, en todos sus ambientes— los que componen la base del sistema bibliotecario de Abya Yala: esa red elemental y un poco mágica que sustenta la lectura y el acceso a la información. Esas bibliotecas no solo deben ser reconocidas y apoyadas formalmente, sino también tomadas como ejemplo: de compromiso, de ingenio, de lucha y de activa militancia (por la alfabetización, por el placer de leer, y por tantas otras cosas).

Y, sobre todo, como ejemplo de resistencia en condiciones diarias que, por lo general, suelen distar mucho de ser favorables.

Bibliografía

Arango Arango, Mónica (2015). Única biblioteca rural de Caldas es ejemplo nacional. *El Tiempo*, 8 de febrero. [En línea]. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15215016>

Biblioteca para el Desarrollo Obraje (2011). *Continúan actividades en el centro rural de lectura Obraje*. [En línea]. <http://bibliotecaobraje.blogspot.com.es/2011/12/continuan-actividades-en-el-centro.html>

Camaleón Arte Visual (2014). *Biblioteca Rural Infantil Matagalpa*. [En línea]. <http://www.camaleonartevisual.com/?p=357>

Mendoza, Francisco; Espinoza, Karen (2017). La biblioteca rural que nació gracias a Facebook. *El Nuevo Diario*, 22 de enero [En línea]. <http://www.elnuevodiario.com.ni/especiales/416385-biblioteca-rural-que-inicio-gracias-facebook/>

Mora, José Eduardo (2013). Comunidad rural inauguró biblioteca. *Semanario Universidad*, 3 de abril [En línea]. <http://semanariouniversidad.ucr.cr/cultura/comunidad-rural-inaugur-biblioteca/>

Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca (2017). *Andares de las Bibliotecas Rurales de Cajamarca*. [En línea]. <http://bibliotecasruralescajamarca.blogspot.com.es/>



[05]

Contenedores. Y contenidos

Son numerosos los rincones que conforman la red básica de bibliotecas que cubre la extensa y accidentada geografía de Abya Yala. Bibliotecas (llámense públicas, populares, rurales, campesinas, indígenas, escolares...) que proporcionan servicios en grandes ciudades y áreas rurales, barriadas urbanas y pequeños pueblos, pero también en regiones aisladas, zonas conflictivas o de difícil acceso, a menudo olvidadas por los gobiernos y desatendidas por las mismas organizaciones que gestionan fondos internacionales para atenderlas.

Los contenedores donde se llevan a cabo esas actividades, es decir, los edificios en los que las bibliotecas señaladas desempeñan sus funciones, no acostumbran suscitar mayor interés. Sin embargo, hay ocasiones en las que tales contenedores son tan vistosos, tan llamativos, tan *mediáticos*, que se hacen con el rol protagónico que deberían tener sus contenidos, concentrando toda la atención pública (y, a menudo, también la académica y la profesional) y arrebatándole visibilidad a lo que ocurre o deja de ocurrir en su interior. Probablemente un caso paradigmático sea el de una de las *comunitecas* levantadas en el municipio de Tecpán (departamento de Chimaltenango), en las tierras altas del sur de Guatemala.

Las *comunitecas* forman parte de un proyecto del PAVA, el Programa de Apoyo a los Vecinos del Altiplano. Se trata de tres pequeñas bibliotecas que, además de albergar sus respectivas colecciones de documentos (libros, revistas, etc.), ofrecen a las comunidades un lugar de reunión en el que desarrollar determinadas actividades culturales y formativas: desde obras de teatro a cursos o charlas (p.ej. sobre maternidad y salud). Asimismo, apoyan la educación, colaborando estrechamente con los maestros rurales de la zona. Asentadas en áreas con mayoría de población indígena Kaqchikel, son atendidas por jóvenes nativos de las distintas localidades, que han sido capacitados para que los servicios bibliotecarios y los proyectos educativos y culturales sean sostenibles en el tiempo y respondan a las necesidades puntuales de los usuarios desde sus propias perspectivas.

Las actividades mantenidas hoy en las *comunitecas* se desarrollaban anteriormente en espacios cedidos por otras instituciones, generalmente escuelas. En 2013, el arquitecto guatemalteco Axel Paredes, de la firma Paredes+Alemán, donó al PAVA los planos para levantar una biblioteca en la comunidad de Paxixil. Si bien la construcción es pequeña, la estructura resulta muy ingeniosa y su aspecto es ciertamente atrayente: la fachada está compuesta por paneles móviles hechos de gruesas cañas coloreadas, en un intento de imitar los patrones tradicionales de los textiles indígenas. La biblioteca permite acceder a 3000 volúmenes y a una serie de programas de capacitación a unas 200 personas.

Paredes+Alemán también proporcionó el diseño (igualmente llamativo en términos visuales) de la segunda *comuniteca* del PAVA, ubicada en la comunidad de La Loma, en

donde residen unos 70 habitantes. La tercera se encuentra en el caserío de Panimachavac, en la aldea de Chajalajjá, y hasta agosto de 2016 funcionaba en un espacio cedido por la escuela oficial rural mixta local. En la actualidad se acaba de mudar a sus nuevas instalaciones, un edificio que en este caso no tiene mayores pretensiones arquitectónicas, y desde el que se quieren dar mejores servicios de (in)formación a una comunidad de 250 personas.

En estos últimos años la *comuniteca* de Paxixil se ha vuelto muy famosa: apareció citada en revistas especializadas de arquitectura, como *Domus*, y resultó ganadora de la Bienal de Arquitectura de Guatemala (2016). Sin embargo, la proyección mediática y el reconocimiento alcanzados por el edificio contrastan con la escasa atención prestada al trabajo que se desarrolla en él, a veces en condiciones difíciles o que no son las más adecuadas.

La de Paxixil no ha sido la única biblioteca rural en ganar una Bienal de Arquitectura. La biblioteca pública "La Casa del Pueblo", situada en la vereda de Guanacas (municipio de Inzá, departamento del Cauca), en Colombia, hizo lo propio en su país en 2004. Diseñada por dos estudiantes de arquitectura de la Universidad Javeriana de Bogotá (María Cristina Perea y Simón Samper) a petición de funcionarios de Inzá, la biblioteca fue financiada con dinero de la Embajada de Japón y levantada por los propios vecinos en el transcurso de un año. Está construida con piedra, cemento, una compleja estructura interna hecha de gruesa caña *guadua* del Quindío, y un techo de paja de Pisimbalá. A pesar de que dista mucho de reflejar la arquitectura tradicional de la zona

—como en ciertas ocasiones se ha querido creer—, el diseño aprovecha muy bien los espacios y los materiales disponibles.

Esta biblioteca provee todo tipo de servicios tradicionales —lectura, préstamo, apoyo escolar— a las comunidades de la zona, entre las que se encuentran algunas pertenecientes al pueblo indígena Paez. Pero sus actividades suelen quedar eclipsadas por la historia de su construcción comunitaria y, sobre todo, por su sugerente aspecto.

Las bibliotecas con edificios arquitectónicamente innovadores o interesantes reciben innumerables elogios y una amplia cobertura. Sin embargo, la celebración del contenedor no suele revertir, por lo general, en la mejora (o el simple mantenimiento) de los contenidos, ni visibiliza sus problemas y sus necesidades.

Resulta maravilloso saber que un puñado de comunidades —da igual que sean urbanas o campesinas— pueden gozar de una biblioteca hermosa, y que algunas de ellas, además de diseños atractivos, presentan estructuras sostenibles, ajustadas a las posibilidades y necesidades de sus usuarios. Pero no hay que olvidar que siguen existiendo demasiadas comunidades que no disponen de biblioteca, demasiadas bibliotecas que apenas cuentan con lo mínimo para desarrollar su función, y demasiados bibliotecarios trabajando en condiciones precarias.

La realidad de las bibliotecas de Abya Yala dista mucho de ser la deseable. Y seguirá así hasta que se comprenda la importancia de los programas y los servicios bibliotecarios, y la de las personas que los impulsan y sostienen. Hasta entonces, las miradas y las

cámaras seguirán enfocadas, casi extasiadas, en el brillo de unos pocos contenedores. Mientras más coloridos y mediáticos sean, mejor.

Bibliografía

Miño Rueda, Luis Alberto (2004). La biblioteca que soñó Guanacas. *El Tiempo*, 15 de agosto. [En línea]. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1579558>

PAVA (s.f.). ¿Qué son las comunitecas? *Programa de Apoyo a los Vecinos del Altiplano*. [En línea]. <http://pavaguante.org/comunitecas/>



[06]

Cobijando voces

Buena parte de los conocimientos tradicionales de Abya Yala se han elaborado, expresado y transmitido a través de canales orales y otros medios "no convencionales" de codificación y distribución de saberes: telas y piezas de corteza pintadas, tejidos de todo tipo, tatuajes y pinturas corporales, canciones, representaciones coreográficas, diseños sobre cestería y cerámica, máscaras, juegos de hilo... Medios tildados de "no convencionales" desde la perspectiva estándar dominante, habituada al uso de determinadas formas y materiales prácticamente "normativos" a la hora de almacenar y difundir conocimiento, pero que desde un punto de vista no-dominante, no-hegemónico ni estandarizado, han cumplido perfectamente sus funciones durante generaciones.

De todos ellos, probablemente los orales sean los canales más importantes, aquellos mediante los cuales todavía se transmite la mayor cantidad de información, incluso en el seno de sociedades totalmente alfabetizadas y urbanas: un hecho, este último, que desvincula claramente a lo oral del estereotipo de rural y propio de grupos analfabetos.

Para "rescatarla" de una forma de transmisión considerada inestable y, por ende, poco confiable, un porcentaje de esa información oral ha sido codificada, a lo largo del

tiempo, mediante algún tipo de escritura. Sin embargo, el hacerlo no está exento de problemas. Por un lado, porque en algunos casos —como en el de un buen número de lenguas indígenas— no existen sistemas de escritura normalizados para apuntar y/o imprimir esos contenidos fehacientemente. Y por el otro porque, aun existiendo alfabetos, buena parte de la información transmitida oralmente se pierde al ser transcrita.

De ahí la importancia de las audioteclas, centros de conservación que, si bien cuentan con documentos escritos, hacen hincapié en lo sonoro como medio de perpetuar saberes.

En América Latina se han puesto en marcha y se mantienen un puñado de variopintos proyectos etiquetados como "audioteclas" que buscan, cada uno a su manera, preservar sonidos de distintos tipos. Incluyendo aquellos que recogen y reflejan saberes tradicionales.

Entre tales proyectos, probablemente uno de los más reconocidos por la calidad de su labor sea la Fonoteca Nacional de México. Operativa desde 2008, primera de su tipo en el continente y dependiente, en la actualidad, de la Secretaría de Cultura de la Nación, la FNM contiene numerosos fondos relacionados con la historia del país en general, y con sus muchas sociedades campesinas y originarias en particular.

La Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) mantiene un espacio similar, aunque más centrado en los multimedios. En los documentos conservados en sus colecciones audiovisuales se recogen sobre todo expresiones en lenguas nativas; muchos de ellos se comparten libremente a través de su sitio web.

Sin salir de tierras mexicanas, la asociación civil Ruta del Venado está elaborando una audioteca en línea con vocabulario del mayor número posible de los 62 idiomas aborígenes reconocidos en el país. El proyecto, que lleva funcionando desde marzo de 2014, está impulsado por Ricardo Ibarra, fundador de Radio Indígena. Sus participantes y colaboradores visitan comunidades rurales de todo el país y proceden a grabar palabras y frases de los labios de hablantes y narradores locales. Uno de los principales objetivos de Ruta del Venado es acercar esas palabras y esas frases a aquellos jóvenes que, debido a la fuerte discriminación que sufren en México (la misma que existe en el resto del continente), se desarraigan (a veces por vergüenza propia, a veces por la que ven en sus mayores) de su pasado indígena.

Una forma ligeramente diferente de crear una audioteca es grabando videos. Así lo hace *68 voces, 68 corazones*, una serie de cuentos indígenas animados, narrados en su lengua originaria, y creados en 2013 por Gabriela Badillo y la productora Combo bajo la premisa "Nadie puede amar lo que no conoce". Los videos recogen los sonidos de idiomas como el huasteco, el mixteco, el totonaco, el ch'ol, el seri, el paipai, el otomí o el mazateco, y se distribuyen libremente a través de plataformas digitales como Vimeo.

Un poco más al sur, la Red Mesoamericana de Radios Comunitarias Indígenas, Garífunas y Feministas (Honduras y Guatemala) mantiene una audioteca virtual en la que ofrece algunos de sus programas, digitalizados. El valor de esa audioteca radica en la naturaleza comunitaria de la información que difunde, y en la de sus participantes: grupos étnicos y sociales que tienen escasa visibilidad en otros espacios y, por ende, tienen que crear los propios.

Esta reseña quedaría incompleta sin una de las iniciativas más divulgadas en los últimos tiempos: *De agua, viento y verdor. Paisajes sonoros, cantos y relatos indígenas para niños y niñas*. Se trata de una propuesta de "audioteca" del Ministerio de Cultura de Colombia, respaldada por el ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar) y materializada por Fundalectura.

Esta audioteca es, en realidad, un libro de llamadas tapas amarillas, acompañado por nueve CDs. En uno y otros se recogen nueve lenguas indígenas colombianas propias de otros tantos pueblos, todas ellas en peligro de extinción por motivos diversos, entre los cuales se encuentran, como era de esperar, el conflicto armado y el desplazamiento.

Los pueblos incluidos son los Etté Ennaka o chimila, los Wiwa, los Sáliba, los Ñihamwo o yagua, los Kokama u omagua, los Korébahü o coreguaje, los Kamëntsá o camsá, los Awá o cuaiquer y los Embera Chamí.

Se trata de la primera experiencia de este tipo desarrollada en Colombia: una que ha permitido recoger expresiones orales, transcribirlas y traducirlas al castellano, dejando hablar a los mayores de los distintos pueblos para que pudieran transmitir libremente sus memorias y sus saberes. El trabajo está dirigido sobre todo a un público infantil, y se pretende que lleve por Colombia (y más allá) un compendio de sonidos e imágenes: cantos y cuentos bilingües, ilustraciones, fotografías, juegos... Pero también nueve paisajes sonoros diferentes: aquellos que acunan a las culturas reflejadas en la "audioteca".

A lo largo de la historia humana, la palabra hablada (o cantada) ha sido la principal forma de expresión y transmisión de conocimientos. Hoy por hoy lo sigue siendo, milenios después de su aparición, en un mundo de documentos escritos y poderosos y omnipresentes medios digitales. Si los centros de conservación de la memoria latinoamericanos (bibliotecas, archivos, etc.) pretenden servir como tales, deben considerar urgentemente la creación de audioteclas o mediateclas, y el desarrollo y patrocinio de programas de recolección de todo tipo de tradición oral. Porque buena parte de las memorias de América Latina todavía viajan a través de canales orales. Y para muchas culturas de Abya Yala, esos canales se han convertido en una suerte de último refugio: uno constantemente amenazado por el silencio.

Bibliografía

Combo (2013). *Sesenta y ocho voces, sesenta y ocho corazones*. [En línea]
<https://vimeo.com/channels/68voces>

MaguaRED (2015). *Audioteca De agua, viento y verdor*. [En línea].
<http://maguared.gov.co/project/audioteca-de-agua-viento-y-verdor/>

Partida, Juan Carlos (2015). Expertos crean diccionario en línea con vocabulario indígena. *La Jornada*, 16 de junio. [En línea].
<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/06/16/expertos-crean-diccionario-en-linea-con-vocabulario-indigena-4089.html>



[07]

Idiomas para tejer memorias

El patrimonio intangible de una sociedad, esa memoria colectiva que sobrevive al paso del tiempo y se transmite de generación en generación, no podría existir de no ser por los códigos que, como finas hebras, ayudan a tejerlo y lo mantienen lo suficientemente sólido como para que pueda pasar de boca en boca y de mano en mano.

De todos esos códigos, el más importante es la lengua: el idioma en el que se expresa la palabra, tanto hablada (la mayoritaria) como escrita. Existen otros: los códigos gestuales, los musicales, los visuales... Sin embargo, el más rico y el más utilizado a nivel global, a lo largo de la historia de la especie humana, es el lingüístico.

Como señalan las muchas declaraciones internacionales que se ocupan del tema, las lenguas son elementos esenciales a la hora de transmitir la cultura y la identidad de una sociedad determinada, junto a todas sus memorias y sus ideas. La desaparición de las primeras implica el empobrecimiento o directamente la pérdida —generalmente irreversible— de todos esos elementos. De ahí la urgencia y la insistencia con la que ciertos organismos internacionales lanzan la voz de alarma en relación a las lenguas en peligro, a la vez que señalan la necesidad de implementar programas de investigación, recuperación, fortalecimiento y divulgación.

Y, sin embargo, el ritmo de desaparición de palabras, frases y pronunciaciones a nivel global no decrece; al menos, si se hace caso a fuentes autorizadas como el *Atlas of the World's Languages in Danger* de la UNESCO. Solo en América Latina hay más de 650 idiomas indígenas catalogados como "vulnerables" o "en peligro".

Uno de los primeros pasos a la hora de recuperar una lengua vulnerable o amenazada es documentarla. Si bien tal paso tiene que ir acompañado de otras acciones —reducir o eliminar la presión que sufre, apoyar a sus hablantes, habilitar medios y espacios de expresión—, pues una lengua que desee sobrevivir debe ser, ante todo, utilizada cotidianamente, la documentación es fundamental: funciona como una especie de archivo de seguridad, y como un elemento muy útil a la hora de construir cimientos.

Antes de la revolución digital —esa que trajo internet y numerosas herramientas a nuestra vida cotidiana— la documentación lingüística solía moverse casi exclusivamente en círculos universitarios y académicos. Se trataba de materiales manejados por lingüistas, antropólogos, etnólogos, historiadores o sociólogos, y en muy pocos casos llegaba al gran público. De esta manera, cualquier interesado en estudiar una lengua indígena en América Latina solía enfrentarse a incompletos textos divulgativos de las más importantes (quechua, guaraní, náhuatl) o a densos y áridos tratados, gramáticas y análisis lexicográficos, producidos por y para especialistas. La red de redes y las nuevas TICs cambiaron la distribución de esos materiales —muchas bibliotecas universitarias, organismos nacionales e institutos de investigación han digitalizado sus colecciones y las han puesto en línea— e incluso su formato y su forma

de producción, que ya no queda en manos de especialistas: los propios hablantes han ido asumiendo la investigación, recolección y defensa de sus lenguas.

Internet trajo mucho más que canales y plataformas: trajo consigo una cultura. Las comunidades que han florecido en su interior han desarrollado y/o recuperado una serie de valores muy interesantes, como el cooperativismo y la colaboración, el acceso y el código abiertos, la pluralidad de perspectivas y abordajes, la multidisciplinariedad, y muchos más. La combinación de tales valores con el trabajo académico ha dado lugar a una serie de movimientos disciplinarios más interesantes aún, entre los cuales se cuentan las que hoy se conocen como "humanidades digitales": el uso de nuevas herramientas, técnicas, comunidades, ideas, metas y abordajes para trabajar en el marco de las ciencias sociales y humanas.

Un ejemplo de cómo una comunidad de interés puede utilizar los espacios y dispositivos disponibles para lograr un objetivo concreto de manera abierta y colaborativa en el campo de los idiomas amenazados es la biblioteca digital "Curt Nimuendajú" de lenguas y culturas indígenas sudamericanas. Se trata de un proyecto brasileño en el cual confluyen (etno)lingüistas profesionales y amateurs de todo el continente para aportar bibliografía que permita crear una colección abierta de documentos relacionados con los idiomas indígenas, en peligro o no. En esta biblioteca, un repositorio virtual concienzudamente organizado, versiones digitales de las primeras gramáticas y vocabularios de los misioneros jesuitas y franciscanos conviven con los más modernos artículos sobre fonología y sintaxis de hablas amazónicas publicados en revistas especializadas, junto a otros documentos que

puedan aportar algún elemento útil de debate, investigación o aprendizaje: ediciones agotadas, conferencias, tesis, sitios web, periódicos, etc.

Si bien el trabajo de esta plataforma está dirigido sobre todo a una comunidad académica que pueda hacer uso de determinado tipo de material, también permite el acceso a textos divulgativos que pueden resultar útiles a un público no especializado. Sea como sea, se trata de una ventana libre y abierta a saberes que, de otro modo, estarían confinados a los estantes de algún archivo o biblioteca.

Objetivos más abiertos son los de la iniciativa *Rising Voices*, perteneciente a la plataforma multilingüe *Global Voices*, una red internacional de medios ciudadanos activa desde 2005. *Rising Voices* busca conectar activistas digitales y apoyar sus ideas. Una de ellas es la preservación de lenguas aborígenes latinoamericanas.

En el marco de esta iniciativa, el proyecto *Lenguas indígenas. Una red de activistas digitales en América Latina* reconoce la existencia de un movimiento emergente de activistas que impulsan el uso de sus idiomas nativos en la red, a través de tuits, artículos de Wikipedia, podcasts, etc. *Rising Voices* ha facilitado la creación de una red que reúne a varios de estos activistas para el intercambio de experiencias —cómo se enfrentaron a un problema determinado, cómo cierta plataforma o herramientas les permitió solucionarlo— y la enseñanza y el aprendizaje de nuevas estrategias. Uno de los resultados más interesantes son los diccionarios hablados (en Emberá Chamí, Wayuunaiki, Tz'utujil, Uitoto, Yanasha...), elaborados con la colaboración del Living Tongues Institute for Endangered Languages dentro del proyecto *Talking Dictionaries*.

Sea a través de documentos digitalizados organizados en bibliotecas virtuales, sea a través de archivos de videos o pistas de audio, sea a través de una sabia y equilibrada combinación de todos ellos, las multidisciplinarias comunidades preocupadas por la progresiva desaparición de las lenguas nativas de Abya Yala están trabajando en su recuperación, visibilización y divulgación. Para que las memorias del continente puedan seguir siendo tejidas y destejidas.

Bibliografía

Etnolingüística.org (2017). *Biblioteca Digital Curt Nimuendajú. Línguas e culturas indígenas sul-americanas*. [En línea]. <http://www.etnolingüística.org/>

Global Voices (2017). *Rising Voices*. [En línea]. <https://es.globalvoices.org/category/sites/rising-voices/>

Living Tongues Institute for Endangered Languages (s.f.). *Talking Dictionaries*. [En línea]. <http://talkingdictionary.swarthmore.edu/>

UNESCO (2011). *Atlas of the World's Languages in Danger*. París: UNESCO.



[08]

Las que conservan la memoria

Las memorias de Abya Yala se mueven y se almacenan más allá de las bibliotecas y los archivos. Más allá, incluso, de la palabra escrita. De hecho, los recuerdos y las historias de las muchas sociedades originarias del continente se transmitieron y aún se transmiten a través de la palabra hablada. La mayor parte de las veces, voces femeninas.

Un ejemplo claro de tales voces y del importante rol que juegan se encuentra en Chile.

Paula Painén Calfumán es una *epewtufe*: una narradora de relatos ancestrales (*epew*) del pueblo Mapuche. Vive en la comunidad Antonio Rapimán de la comuna Padre Las Casas, vecina a Temuco, capital de la provincia de Cautín y de la IX Región de La Araucanía, al sur de Chile. En Cautín hay al menos una docena de cultores y cultoras de la narración de *epew*. Painén destaca entre ellos por ser una de las más activas, la que recuerda la mayor cantidad de relatos transmitidos oralmente (alrededor de medio centenar), y la que lleva adelante su actividad de forma más fidedigna: con sus casi 90 años, es capaz de contar todos sus *epew* en su lengua original. Es por eso que, además de ser conocida como una gran *epewtufe*, Painén es considerada una de las más avezadas promotoras del mapudungu, el idioma de los Mapuche.

Heredó el oficio de su abuela, que solo hablaba mapudungu, de forma que es natural que recuerde todos los relatos —el mayor repertorio conocido actualmente— en dicho idioma. Según rememora ella misma, aprendió todas esas narraciones de niña, en la *ruka* (casa tradicional) familiar: cada noche, tras la comida, alrededor del fogón se desgranaban todo tipo de historias, reales y legendarias. La lengua y la memoria de los ancestros se transmitían para que no se perdieran, para que continuaran su viaje hacia el futuro.

Painén ha sido integrante de la Casa de la Mujer Mapuche de la ciudad de Valdivia, y ha participado en numerosas organizaciones sociales. Además, ha dictado cursos y seminarios en Valparaíso y Santiago. En uno de ellos conoció a la antropóloga Sonia Montecino, quien en 1986 recogió de sus labios 17 *epew* y los editó en castellano, en un libro titulado *El zorro que cayó del cielo y otros relatos de Paula Painén* (Santiago: CEM-PENCI).

La contadora Mapuche fue reconocida en 2010 como un Tesoro Humano Vivo de Chile por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA). En la actualidad se conocen entre 50 y 100 *epew*, de los cuales solo algunos han sido grabados y publicados: la mayoría todavía habita la memoria de aquellos que tienen la preciosa habilidad de "sacar los cuentos". Muchos han ido muriendo, y se llevaron sus memorias consigo; Painén es una de las pocas "versiones originales" que le queda al pueblo Mapuche.

En el mismo país, pero mucho más al sur, allá donde Chile se deshace en fiordos e islotes para ir a hundirse en los mares antárticos, Cristina Calderón Harban es la última

Yagán: la última persona nacida de padre y madre yaganes. Es, además, la única que habla la lengua de su pueblo de forma fluida, lo cual la convierte en portadora exclusiva de una forma particular de concebir e interpretar el mundo.

Calderón vive en Villa Ukika, un pequeño poblado ubicado en la isla Navarino, al sur de Canal de Beagle, cerca de Puerto Williams, capital de la provincia de la Antártica Chilena, en la XII Región de Magallanes. A sus 90 años sigue tejiendo cestos y narrando los cuentos y leyendas de su pueblo mientras, al mismo tiempo, promueve la lengua yagán, una de las más australes del mundo.

Nacida en un entorno en el que no se hablaba castellano, aprendió su cultura (ya por entonces moribunda) de sus familiares y en su idioma original. A mediados del siglo pasado, ella y los suyos fueron trasladados desde su Bahía Mejillones natal a Villa Ukika para ser "chilenizados", es decir, "integrados" a la sociedad chilena. Pasados los 40 años, Calderón decidió colaborar con investigadores y periodistas para dar a conocer la historia de su gente. Fue así como trabajó con la reconocida antropóloga Anne Chapman, la escritora Patricia Stambuk o la cineasta Paola Castillo, quien en 2001 produjo el documental *La última huella*, que recoge la historia de Calderón y su hermana Úrsula.

El CNCA la proclamó Tesoro Humano Vivo de Chile en 2009. E hizo lo propio, el mismo año, con la Comunidad Kawésqar de Puerto Edén: los últimos Alacaluf.

Puerto Edén se encuentra en isla Wellington, en la Patagonia chilena. Su población no supera las 200 personas; de ellas, 25 componen una de las últimas comunidades del pueblo Alacaluf o Kawésqar del planeta. A pesar de que hay 400 personas censadas como pertenecientes a esa sociedad originaria en Chile, solo un centenar tendrían padre y madre Kawésqar, y de ellas, la mayoría son indígenas urbanos que viven en Puerto Natales y Punta Arenas. Los de Puerto Edén (que son comunidad desde 1994) incluyen 11 de los últimos 13 hablantes de la lengua originaria. Entre ellos se encuentra Gabriela Paterito, de más de 80 años, y una de las más destacadas narradoras de su pueblo.

Desde 1975 la comunidad de Puerto Edén trabaja para recuperar su idioma y su cultura. Como fruto de esos esfuerzos, el etnolingüista Oscar Aguilera produjo en el 2000 la *Gramática de la lengua kawésqar* y, junto al antropólogo José Tonko, varios manuales para enseñar la lengua y un archivo sonoro.

Ejemplos como los de Painén, Calderón y Paterito —últimas narradoras de las memorias antiguas de sus respectivos pueblos, en sus propias lenguas— pueden encontrarse en todas las sociedades originarias latinoamericanas. Son bibliotecas sonoras, libros vivos. Verdaderos tesoros humanos vivos. Aunque, lamentablemente, no todas ellas son reconocidas y tratadas como tales; un problema a resolver antes de que sea demasiado tarde.

Bibliografía

Aguilera F., Oscar E. (2002). *Gramática de la lengua kawésqar*. Santiago de Chile: CONADI.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2012). *Tesoros humanos vivos*. Santiago de Chile: CNCA. [En línea]. <https://issuu.com/consejodelacultura/docs/artesania-tesoros-humanos-vivos>

FUCOA (2014). *Kawésqar*. [Serie Introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile]. Santiago de Chile: FUCOA. [En línea]. http://www.fucoa.cl/publicaciones/pueblos_originarios/kawesqar.pdf

FUCOA (2014). *Yagán*. [Serie Introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile]. Santiago de Chile: FUCOA. [En línea]. http://www.fucoa.cl/publicaciones/pueblos_originarios/yagan.pdf



[09]

Las bibliotecas del pueblo

Una biblioteca "popular" sería —si es preciso atenerse a la definición que de este adjetivo proporciona la Real Academia Española— una unidad de información "perteneciente o relativa al pueblo". O, quizás utilizando otras acepciones provistas por el mismo diccionario, se trataría de una biblioteca "perteneciente o relativa a la parte menos favorecida del pueblo" o "que está al alcance de la gente con menos recursos económicos o con menos desarrollo cultural".

Tenga o no algo que ver con tales definiciones (y probablemente alguna relación haya), por "biblioteca popular" se entiende, en tierras de Abya Yala, a aquella que ha sido creada por iniciativa de la gente y que, generalmente, funciona de manera autónoma y autárquica, sin apoyo ni directrices oficiales de ningún tipo.

Esta definición se topa con una notable excepción: las bibliotecas populares de Argentina, creadas por iniciativa comunitaria pero reconocidas legalmente (ley 419 de 1870 y ley 23.351 de 1986) y apoyadas por una Comisión Nacional (CONABIP) que, de cumplirse un puñado de condiciones elementales, proporciona unos determinados servicios (apoyo, formación) y facilita unos recursos mínimos (pero constantes y bien elegidos) para que todas las unidades que componen su red puedan mantener su colección actualizada. Existen, evidentemente, bibliotecas populares argentinas que no

están (ni buscan ser) reconocidas por la CONABIP y que asumen otras formas de acción (y, a veces, otras etiquetas, como "comunitarias" o "rurales"). Un buen ejemplo es la Biblioteca Popular "Luna Abierta", una polifacética unidad con un buen número de actividades que opera desde 2007 en Barrio Güemes, en la ciudad de Córdoba, como parte de la asociación civil Teatro La Luna, un grupo en funcionamiento desde 1986.

Si bien existen en toda América Latina, ejemplos muy claros de cómo funciona una biblioteca verdaderamente "popular" pueden encontrarse en Chile. Allí este tipo de iniciativas resultan más llamativas por coexistir con un potente Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas (SNBP), red que trabaja en convenio con la DIBAM (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos). Un sistema nacional que, como delata la mera existencia de bibliotecas populares, no cubre ni todos los rincones de la geografía chilena ni todas las necesidades de los potenciales usuarios de un servicio bibliotecario.

En la capital, Santiago, existen variopintos proyectos —incluyendo algunas bibliotecas itinerantes— que tratan de llevar el placer de los libros y de la lectura a todos los rincones de su barrio o, cuanto menos, de sacarlo a la calle; algo (salir de entre los estantes y los muros) que muchas unidades "convencionales" ni siquiera contemplan hacer. En 2012, Francisco Infante mostró una mínima fracción del trabajo realizado por tales iniciativas en un documental titulado precisamente *Bibliotecas Populares*; a pesar de su brevedad, la película ilustra perfectamente la diversidad de propuestas y, sobre todo, los desafíos y las dificultades a las que se tienen que enfrentar aquellos que deciden organizar y llevar adelante una de estas acciones bibliotecarias. Los cuales, por

cierto, no suelen ser bibliotecarios, dato que debería poner en alerta —o por lo menos, llamar la atención— a aquellas instituciones que se encargan de la formación de futuros profesionales de las disciplinas del libro y la información.

En el resto del país andino se desarrollan otras propuestas populares igualmente interesantes. Cabe destacar una de las que llevan más tiempo creciendo, y que tiene como base la portuaria ciudad de Valparaíso: la Red de Bibliotecas Populares del Gran Valparaíso, que se extiende por las barriadas ubicadas en los más de cuarenta cerros que componen el rasgo geográfico más destacado de esa localidad.

En la actualidad, la RBPGV agrupa a una decena de bibliotecas, que desarrollan sus actividades en zonas en donde, de otra forma, sería difícil que llegaran servicios bibliotecarios de ningún tipo. Una de ellas es la "Ernesto Guevara de la Serna", levantada (en principio, con sacos de adobe, chapa y maderas recicladas) con la colaboración de los vecinos en Población La Victoria, una "toma" de terrenos ubicada justo a la entrada de la célebre y muy turística Viña del Mar. Puede decirse, sin pretender abusar de la ya gastada metáfora, que la biblioteca fue literalmente amasada y levantada por las manos de la propia comunidad.

En ocasiones, las bibliotecas populares buscan responder a la necesidad puntual de una comunidad de contar con un espacio en donde se puedan cultivar la lectura y desarrollar el acercamiento a distintas expresiones culturales, tanto locales como globales. En otras, son elegidas por movimientos socio-políticos y grupos activistas

culturales como herramientas para facilitar y provocar un cambio en su sociedad o, al menos, en esa parcela del entramado social a la que pueden llegar a afectar.

Sea como sea, ambos usos dejan en claro, por un lado, el poder transformador que puede llegar a tener una biblioteca (entendida como un espacio en el que un grupo de personas entran en contacto con unos determinados conocimientos); en ese aspecto, una biblioteca puede ser —y de hecho, ha sido y sigue siendo— un excelente instrumento de lucha por sociedades más justas e igualitarias. Y, por el otro, la necesidad de espacios bibliotecarios libres y creativos, que se despojen de las normas y las etiquetas que los constriñen y busquen, más que adecuarse a unos estándares "bibliotecarios", dar respuesta a las verdaderas necesidades y a las expectativas reales de sus usuarios.

Que es, en resumidas cuentas, lo que toda biblioteca debería plantearse como misión principal: ser del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. Es decir, "populares".

Bibliografía

BPSA (2017). *Biblioteca Popular Centro Cultural "Salvador Allende"*. [En línea]. <http://www.bibliotecapopular.cl/>

CONABIP (2017). *Comisión Nacional de Bibliotecas Populares*. [En línea]. <http://www.conabip.gob.ar/>

El Ciudadano (2010). *En Valparaíso, crean nueva Biblioteca popular e Itinerante de Rodelillo*. [En línea]. <http://www.elciudadano.cl/organizacion-social/en-valparaiso-crean-nueva-biblioteca-popular-e-itinerante-de-rodelillo/11/30/>

Gran Valparaíso (2014). *Campaña de donación de libros para los cerros quemados en Valparaíso*. [En línea]. <http://www.granvalparaiso.cl/cultura/campana-de-donacion-de-libros-para-los-cerros-quemados-en-valparaiso/>

Infante Aravena, Francisco (2012). *Bibliotecas Populares*. [En línea]. <https://www.youtube.com/watch?v=c-lDOnbZ834>

RBPGV (2017). *Red de Bibliotecas Populares del Gran Valparaíso*. [En línea]. <http://reddebibliotecaspopulares.cl/>

SNBP (2017). *Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas*. [En línea]. <http://www.bibliotecaspublicas.cl/>

Teatro La Luna (s.f.). *Biblioteca Luna Abierta*. [En línea]. <http://teatrolaluna.blogspot.com.es/p/biblioteca.html>



[10]

Las voces originales del Chaco central

La región fito-geográfica y cultural conocida como Chaco o Gran Chaco (del quechua *chaku*, un antiguo método de caza por cerco y el lugar en donde ese método se practicaba) es una superficie plana, cubierta de bosque seco y surcada por anchos ríos, que abarca el noreste de Argentina, las tierras bajas meridionales bolivianas, la práctica totalidad de Paraguay, y parte de los estados brasileños de Mato Grosso y Mato Grosso do Sul.

El área central del Chaco, ubicada dentro de la frontera paraguaya, fue —y sigue siendo— el territorio tradicional de los pueblos indígenas de la familia lingüística maskoy.

La familia incluye a los pueblos Enlhet (conocidos, en la literatura antigua, como lengua del norte y guaná), Enxet (lengua del sur), Enenlhet (toba-maskoy y angaité) y Nenlhet (sanapaná). Esas sociedades comprenden alrededor de 25.000 personas, que viven en pequeñas comunidades rurales o periurbanas distribuidas entre los departamentos de Alto Paraguay, Boquerón, Concepción y Presidente Hayes: básicamente, la mitad noroeste del país.

Si bien el contacto de esas poblaciones con los conquistadores europeos a partir de su llegada a la zona en el siglo XVI fue escaso, no tuvieron la misma suerte durante el periodo republicano. De hecho, la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) afectó terriblemente a los grupos de habla maskoy, que se vieron desplazados de sus espacios tradicionales y sufrieron fuertes cambios en sus formas de vida.

La llegada sostenida de los refugiados menonitas (a partir de 1927 pero, sobre todo, desde 1945) empeoró su situación: las prácticas de agricultura y ganadería extensiva de esos colonos requerían el desmonte previo de los bosques autóctonos, y precisaban del uso masivo de recursos naturales valiosos. Y, al mismo tiempo, desarraigaron y empobrecieron a las sociedades indígenas aún más. De hecho, todavía lo hacen. Se calcula que en los últimos 90 años, las comunidades nativas perdieron el 98% de su territorio.

Precisamente en una comunidad del Chaco central nace el grupo *Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet* ("Hacer crecer nuestro idioma enlhet"), un pequeño colectivo de acción cultural en el que participan miembros de los pueblos Enlhet y Enenlhet (E. y R. Unruh y M. Romero) y un investigador de origen alemán (H. Kalisch), que desarrolla, de forma independiente, tareas a nivel comunitario. Su trabajo se enfoca en la recuperación de la lengua, la identidad y la memoria cultural/territorial de los Enlhet a través de mecanismos y procesos propios de esa sociedad aborigen.

Los detonantes de su labor fueron numerosos y complejos: la pérdida del acceso al territorio tradicional y, con ello, a determinadas expresiones culturales, las cuales, a su

vez, están codificadas por un idioma en absoluto declive, y sustentadas por recuerdos y tradiciones orales que solo unos pocos conservan... El daño que esas pérdidas provocan entre todos los segmentos de la población indígena, pero especialmente entre los más jóvenes, desprovistos casi por completo de su identidad original...

Esas problemáticas son comunes a buena parte de los pueblos originarios de América. Sin embargo, en este caso puntual se han desarrollado una serie de originales acciones que pretenden revertir la tendencia e ir construyendo caminos a futuro.

Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet se ha embarcado en proyectos como *Memoria del Territorio Ancestral Enlhet* (2012), que identificó y señaló lugares tradicionales de la mano de los ancianos, apoyados por la iniciativa *Marcar Territorio, Expresar Cultura* de la entonces Dirección de Asuntos Indígenas de la Secretaría Nacional de Cultura de Paraguay.

Pero probablemente la iniciativa más interesante de este grupo es la que hace honor a su nombre: la recopilación de relatos tradicionales en los seis idiomas originarios de las sociedades de habla maskoy. Con esta actividad se recuperan por escrito, pero sobre todo en video (proyecto *Voz Original*), las narrativas de la última generación que recuerda tanto los relatos tradicionales como las palabras adecuadas para contarlos. Palabras que transmiten unos significados precisos, unos valores, unos principios, unas formas de ver el mundo y de interactuar con la naturaleza y con la gente.

Yendo un paso más allá, y reconociendo que una parte significativa del problema de la pérdida identitaria radica en la desaparición de los espacios en los que las lenguas pueden utilizarse y los saberes orales se recrean y transmiten, entre 2001 y 2012 *Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet* convirtió sus registros orales en fragmentos sonoros de 15 minutos y los difundió semanalmente a través de una radio local de la localidad de Teniente Irala Fernández. Fueron más de 300 "programas" radiales que permitieron que las voces de los Enlhet tuvieran su lugar y su momento en un medio de comunicación masivo.

Una parte de las producciones audiovisuales del grupo se encuentran disponibles, para su libre acceso, en su sitio web. Se trata de una verdadera biblioteca audiovisual, que recoge últimas memorias y palabras salvadas del olvido. Por su parte, los relatos recuperados por escrito forman parte de media docena de libros escritos en lengua original que también pueden descargarse desde la misma ubicación, prácticamente en su totalidad.

Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet une su labor a otros grupos que trabajan en el Chaco: desde la Liga Nativa por la Autonomía, Justicia y Ética del pueblo Aché a los pequeños colectivos que participan en la ya famosa Feria de las Lenguas del Paraguay, celebrada anualmente en Asunción. Todas ellas son propuestas que buscan dar vigor a las apagadas —pero no desaparecidas— voces originales del Chaco central.

Bibliografía

Cultura Paraguay (2012). *El país de los Enlhet*. [En línea].
<http://www.cultura.gov.py/2012/03/el-pais-de-los-enlhet/>

Chaco Ra'anga (s.f.). *Visita al país de los enlhet de Paraguay*. [En línea].
<http://www.chacoraanga.org/blog/el-pueblo-enlhet-los-desposeidos-por-el-avance-de-la-ganaderia-en-paraguay/>

Diario Libre (2015). Los enlhet, nativos desposeídos por el avance de la ganadería en Paraguay. *Diario Libre*, 22 de junio. [En línea].
<https://www.diariolibre.com/noticias/los-enlhet-nativos-desposedos-por-el-avance-de-la-ganadera-en-paraguay-MCDL1205191>

NNE (2016). *El grupo de trabajo Nengvaanemkeskama Nempayvaam Enlhet*. [En línea].
<https://www.enlhet.org/>

Imágenes

01. "Literatura Mapuche", foto de Ronny Belmar. *Revista Livre* (2014). [En línea]. <http://www.livre.cl/literaturamapuche.html>

02. Rincón de lectura. Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca (Perú). [En línea]. <http://mapla.lectylabred.com/uploads/pics/19494-Rincon%20de%20lectura.jpg>

03. Viaje en canoa, cuenca amazónica, Perú. [En línea]. http://st.depositphotos.com/2611821/3899/v/450/depositphotos_38999959-stock-video-man-in-canoe-trip-on.jpg

04. Centro Rural de Lectura en el asentamiento humano La Victoria, barrio Santo Domingo, distrito de Huarney, Ancash, Perú. [En línea]. http://1.bp.blogspot.com/-dFi33Sg0pm0/TuPhV3H_VQI/AAAAAAAAABZs/MVdHrAChdCo/s1600/IMGP0917.JPG

05. Biblioteca de Paxixil, Tecpán, Chimaltenango, Guatemala. [En línea]. <http://arquitecturapanamericana.com/wp-content/gallery/biblioteca-paxixil/Pax-7.jpg>

06. Cartel promocional de *68 voces, 68 corazones*. [En línea]. <https://embamex.sre.gob.mx/reinounido/images/stories/2017/Abril/68voces1.jpg>

07. Glifo de código mesoamericano. [En línea]. <http://cdn.masdemx.com/wp-content/uploads/2016/06/virgula-palabra-codice.jpg>

08. Paula Painén y sus nietos. *El Ciudadano* (2016). [En línea]. <http://www.elciudadano.cl/wp-content/uploads/2016/06/Copia-de-paula-painen-y-nietos-750x499.jpg>

09. Biblioteca popular "Ernesto Guevara de la Serna" de Gran Valparaíso. Foto de Edgardo Civallero.

10. Mujer de la comunidad Enlhet en Filadelfia (departamento de Boquerón, Paraguay). [En línea]. http://www.chacoraanga.org/blog/wp-content/uploads/2015/05/MG_0268_editado-1-810x484.jpg

